

Deseos de Marina Mayoral: literaturizar la realidad

Norma Sturniolo

Acaba de publicarse *Deseos* (Alfaguara 2011) de la escritora gallega Marina Mayoral (Mondoñedo, Lugo, 1942). Es una obra coral donde la pluralidad de voces narrativas, recurso muy querido por la autora, nos va enseñando cómo todos los personajes de la novela están unidos por intensos deseos que han marcado sus vidas. Por otra parte, el multiperspectivismo ofrecido por los distintos personajes cuestiona la idea de la posibilidad de una verdad única y subraya la inconsistencia de las apariencias. Su penetrante análisis psicológico permite acercarnos a lo que se esconde bajo las apariencias.

Hay que destacar lo que constituye el pórtico de entrada a las vidas de esos personajes por su acertada elección. En la cubierta se ve de espaldas a una mujer (después de leer la novela sabemos con qué personaje se corresponde esa imagen) con una caballera roja, llameante, que nos evoca la pasión, y delante de ella una puerta enrejada que se abre a un paisaje de naturaleza exuberante velado por la niebla. Ya nos encontramos con el lugar donde se desarrolla la novela. Un lugar envuelto por la niebla que no permite ver claro, esa niebla que parece una alusión al velo que se interpone entre nuestra percepción y la realidad y que nos recuerda la afirmación quevediana «¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos!». Asimismo, a manera de epígrafe, aparecen

Marina Mayoral: *Deseos*. Alfaguara, Madrid, 2011.

unos versos del famoso poema de Luis Cernuda perteneciente al libro *Los placeres prohibidos*, en el que expresa que el deseo es una pregunta cuya respuesta no existe.

En la novela hay personajes que consiguen hacer realidad sus deseos porque «quien siembra sol recoge buen trigo» (p. 23) dice Dictino, un personaje que se considera un artesano pero tiene mucho de artista, o porque como dice Consuelo (una doctora de la que, al final de la novela no estamos seguros de si es una víctima de su inválido e irascible marido o una victimaria del mismo), «lo que se desea mucho acaba por influir en lo que va a pasar, aunque no pueda demostrarse y aunque los resultados no sean los esperados sino mucho peores, infinitamente peores» (p. 27) ponen todo su esfuerzo y llevan a cabo una sagaz estrategia para que se cumpla su deseo como Amalia, una maestra que tiene muy presente las palabras de su amiga que se corresponde con una de las ideas que ha destacado Marina Mayoral como lo peor que puede sucedernos con respecto a los deseos incumplidos y que se resume en esta afirmación «lo peor, lo más insoportable, es el sentimiento de no haber hecho todo lo que podíamos hacer» (p. 77). Están los personajes que luchan contra su deseo, que lo rechazan y eso genera una conducta negativa como el violento personaje secundario Adolfo que rechaza su deseo hacia Miguel, un enfermero que trabaja con la doctora Consuelo. Esa es la peor respuesta al deseo que no se puede acallar si no es con la muerte de lo que se desea o del propio deseante. Hay a quienes no se le cumplen los deseos como a Blaquita, la farmacéutica hija de Amalia y Dictino. Ella pone todo de su parte pero su deseo es imposible porque está enamorada, de Héctor Monterroso, el hombre inadecuado, es decir del hombre que ama a otra mujer. Y ¿quién es esa mujer? Constanza, una bella mujer que según Dictino se ríe como un artista de cine, viuda de don Pedro Monterroso y envidiada por todos, calumniada por la mayoría, que ha heredado una gran fortuna de Pedro Monterroso. En Constanza se aplica el error que cometa la mayoría de los personajes al juzgar por las apariencias. Este es el personaje que dice las palabras que Marina Mayoral oyó decir a una mujer en un aeropuerto: «Tú has sido lo que más he deseado en la vida. Fíjate que no digo «el hombre que más he deseado». Digo: lo que más, lo único, que de verdad he deseado».

A partir de esa frase captada con el oído atento y sensible de una creadora, fue construyendo el personaje y toda la novela. Constanza tiene una desbordante vitalidad y optimismo a pesar de las adversidades a las que le tocó enfrentarse. Cuando la autora la describe en el cementerio hablándoles a las tumbas de los hombres que ha amado, asoma el humor, la ironía de la escritora mindoniense. De forma que en un paisaje propicio para las lágrimas hace que aflore una sonrisa en labios del lector. Y de esa eficaz disolución de la tragedia, también deja constancia en unos pasajes que son de gran interés para ver los entresijos que mueven a otro personaje que puede ser el alter ego de la autora.

Ilusión de realidad

Una vez más, la acción, que se desarrolla en un día, tiene lugar en un pueblo imaginario de Galicia llamado Brétama, palabra que significa niebla y por tanto que encierra un simbolismo relacionado con lo que se esconde, lo que no se dice, lo que produce ofuscamiento debido a la imposibilidad de una visión clara. Este sitio imaginario lo creó en los años ochenta y tiene que ver con la experiencia de la autora. Brétama está creada con partes de Lugo que es la ciudad de la infancia de la autora, de Mondoñedo que es donde nació, de Santiago de Compostela que fue la ciudad en la que estudió y de la Costa Norte donde veraneaba de niña y adolescente. Los lectores reconocen ese espacio imaginario como quien revisita un lugar donde ha estado muchas veces. Están familiarizados con la plaza de la Catedral, el reloj de la torre, los soportales, el sonido del reloj de la catedral que va marcando las horas, la naturaleza verde, el clima lluvioso, húmedo, cubierto de neblina. También la ilusión de realidad se crea porque la aparición de personajes recurrentes en la novela de la autora, personajes que el lector ya conoce y que al volver a encontrarlos le parece encontrarse con viejos amigos. Marina Mayoral domina a la perfección esa técnica que proviene de Balzac, del ciclo de novelas que agrupó bajo el nombre de *La comedia humana*, técnica que utilizaría Galdós y que ya se encontraba en Cervantes. Su obra no reniega de esa gran tradición realista sino que la asimila a nuestro tiempo y

por eso su realismo es el propio de quienes abarcan la complejidad de lo real en la que se incluyen las pasiones, los sueños, los deseos, la entereza y la debilidad como diría el gran escritor canario todo lo espiritual y físico que nos constituye y nos rodea. Por eso también encontramos en las obras de esta autora de oído atento, frases hechas y expresiones propias de un rico lenguaje coloquial. Entre los personajes recurrentes de esta nueva novela se encuentra Etelvina de Silva con su deseo de ser escritora y de permanecer a través de sus escritos. El gusto por los juegos metaliterarios, por la intertextualidad de Marina Mayoral se intensifican cuando aparece este personaje que podría ser un alter ego de la autora. Incluso su aparición en esta novela está marcada por el recuerdo de una de las escritoras queridas y estudiadas por la autora de *Deseos*, me refiero a doña Emilia Pardo Bazán. Es un pasaje en el que aparece un vivaz y divertido dialogismo. A través de Etelvina de Silva se nos muestra las entretelas del oficio del narrar, las angustias y afanes del narrador: «Ahora no puedes poner en cuestión tu trabajo. Lo has corregido todo varias veces(...)tienes que centrarte en dos o tres pasajes que no están claros, que sigues sin ver claros y acabarlos de una puta vez. Las dudas, las obsesiones, el gusto por el misterio que es un trasunto del gusto de la autora: ¿Quién lo dijo?...¡Qué más da! No es una tesis doctoral, no tienes que documentar cada idea, cada opinión...Para poder abarcar todas esas vidas tendrías que ser como Dios, ser capaz de verlas todas al mismo tiempo y de penetrar en lo más recóndito de todas las conciencias, así sabrías lo que realmente sentían, creían, pensaban...Pero es posible que ni los mismos que lo vivieron sepan lo que sentían (...) Además debe de ser bastante aburrido saberlo todo, es mejor que haya dudas, misterios sin resolver». Hay múltiples referencias al proceso de la escritura, aspectos que tiene que ver con la organización de la materia, la investigación, la elección de las palabras adecuadas, los momentos de pereza, la elección de la voz narrativa, la sensación de no poder acabar el libro que se está escribiendo, temores de todo tipo como por ejemplo, el de decir el título de la novela o hablar de su contenido antes de su publicación. El juego intertextual es continuo, incluso con notas a pie de página en la que la autora hace referencia a otros libros suyos donde se encuentra el personaje de Etelvi-

na y los que a su vez son materia novelesca de Etelvina. Y una parte fundamental en la que de nuevo Marina Mayoral maneja con gran maestría la ironía, el humor que disuelve la tragedia. Algo que también se inserta en la tradición galdosiana. Etelvina evoca distintos autores y un libro leído a los dieciséis años, *Del sentimiento trágico de la vida* que le produce una gran angustia. Aquí emplea esa técnica de atenuación de la tragedia: «El corazón se te salía del pecho, te faltaba aire, te ahogabas. Alberto primero se asustó y después cogió uno de sus cabreos más sonados: «¡A Unamuno solo se le puede leer cuando eres bastante maduro como para pensar que es un plasta!» Fue Carlos el que te abrazó y te hizo tomar una taza de valeriana y un valium mientras tú repetías entre hipos: «Si del todo morimos todos, para qué todo».

Y a pesar de la valeriana, del valium, de otras lecturas menos sombrías, sigue resonando dentro de Etelvina, los escritos de Unamuno, porque también ella está angustiada por la muerte pero no llega la sangre al río y de nuevo nos hace sonreír con su irreverencia juvenil llamando al escritor salmantino «el plasta del tema único» del cual recuerda los versos finales del poema unamuniano «Me destierro de la memoria» .

Muchas cosas terribles suceden en ese único día en Brétama, algunas maracarán a sus personajes quizás tanto como sus deseos. De lo que estamos seguros es de que los personajes y el lugar que habitan permanecerán en la memoria del lector porque tienen la consistencia de lo real ©